

los tenochcas y para los españoles fue una noche aciaga de derrota. Especialmente para los casi dos mil indios aliados que murieron y los cincuenta españoles y caballos que allí cayeron.

” Cuando los españoles tuvieron unos momentos de respiro, lejos de allí y en pleno ‘recuento de los daños’, Cortés supo que su adivino de cabecera, su nigromántico, el soldado napolitano Blas Botello Puerto de Plata, no estaba entre los sobrevivientes. Fueron a buscar sus pertenencias y horrorizados descubrieron su xiquipilli, su bolsa de hechicero, hecha de piel humana. Allí leyeron que había predicho la muerte de su caballo, pero no la suya... y asimismo, vieron que le auguraba a Hernán Cortés una larga vida, llena de victorias y riquezas. Blas Botello se había convertido en el más fiel adivino de Cortés desde que éste tuvo un sueño lleno de símbolos incomprensibles en un sitio llamado Puerto de Plata. Mientras Cortés relataba su sueño en una taberna, Botello se le acercó y, llamándole aparte, le fue develando cada uno de los mensajes oníricos. Cortés quedó asombrado, pues claramente Botello le iba mostrando una vida de incesantes batallas, casi todas victoriosas, en ninguna de las cuales encontraría la muerte. Además, Botello le vaticinó que lograría una hazaña sin par: la conquista de un reino fabuloso, lleno de riquezas incalculables, gracias al cual pasaría a la historia por los siglos de los siglos. Desde ese momento, Cortés lo tomó como confidente, adivino y lector de astrología para las muchas campañas

que el futuro le deparaba. Así, hasta la aciaga noche del 30 de julio, en que ninguno de los dos —Botello y su apreciado caballo— regresaron.”

Blas Botello y Yohualcoatl

—Debo contarte que Blas Botello no murió esa noche. Es más, vivió hasta los 94 años y se disolvió en un estallido de luz en 1575, en una cueva del Popocatepetl. Iba en la retaguardia de todos los españoles que huían de Tenochtitlan cargados de joyas y oro. Lo acompañaba un guerrero tlaxcalteca de nombre Tlemaitl,³ de gran valentía y juventud.

” Notaron que los tenochcas se acercaban rápidamente y con horror vieron que la única calzada por la que podían salir estaba atestada de cadáveres de hombres y caballos, lo que impedía el paso, pues a ambos lados estaban las negras aguas del lago. Al mirar hacia atrás, ya los temibles tenochcas estaban a menos de diez metros de distancia blandiendo armas de obsidiana y varios más traían cuerdas y redes. Botello se dio cuenta de que los querían atrapar vivos para después llevarlos a la piedra del sacrificio y se dispuso a venderles muy cara su vida.

³ Tlemaitl: Mano de fuego.